

Medicina, ciencia e investigación al servicio de la sociedad

Miguel Ángel Martínez
Catedrático de Medicina Preventiva y Salud
Pública de la Universidad de Navarra; Adjunct
Professor, Harvard University

Trataré tres apartados en estos párrafos, la medicina y los enfermos; la ciencia y la investigación; y el servicio a la sociedad. En todos ellos intento reflejar la gran aportación de San Josemaría con su vida y su palabra.

LA MEDICINA Y LOS ENFERMOS

Un alumno de la facultad de Medicina de la Universidad de Navarra recibió el insólito encargo de actuar como revisor científico de un trabajo de investigación que unos investigadores de otro país habían enviado a publicar a una prestigiosa revista de medicina norteamericana. Este alumno aceptó el encargo y realizó un trabajo de revisión del manuscrito de tal excelencia que, cuando me lo enseñó, me impresionó tanto que me sentí movido a enseñárselo al Decano.

—*Es un alumno extraordinario*, comentó el Decano.

A las pocas semanas, a este alumno extraordinario, se le diagnosticó un proceso neoplásico maligno. Fue una noticia demoledora para la familia. Su padre, un médico también extraordinario, sufrió mucho. Un día me lo encontré con la cara cambiada, estaba feliz,

¿Qué había pasado? Me lo explicó enseguida:

—*He leído entero el libro “San Josemaría y los enfermos” de Miguel A. Monge y me ha hecho entender todo de un modo nuevo. Ese libro lo debería leer todo médico y todo enfermo.*

En ese libro, que no voy a repetir aquí, se contiene una rica doctrina que San Josemaría predicó sobre los enfermos y sobre el modo de desempeñar con ellos una atención médica, humana y cristiana de alta calidad profesional y sobrenatural. Era algo que nacía de su larga experiencia personal.

Me gustaría detenerme en primer lugar en una frase que desvela la razón de que en su juventud como sacerdote en el Madrid de los años 30 del siglo pasado dedicase tantas horas y tantos esfuerzos a la atención de los enfermos más desahuciados:

—**Mi Jesús no quiere que le deje, y me recordó que El está clavado en una cama de hospital (Apuntes íntimos, 28-X-31)**

San Josemaría era un enamorado de Jesucristo y veía siempre a Jesucristo en el enfermo singular. Su finura de amor, la alta calidad de su enamoramiento de Jesucristo, se hacía realidad patente en el modo de manifestar cariño con hechos concretos a cada paciente.

Así, en el punto 419 de Camino, escribió:

—Niño.— Enfermo.

—Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula?

Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son Él". (Camino, 419).

Se hacían realidad en él las palabras de Jesucristo en el evangelio de San Mateo:

Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha:

—Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo, porque [...] estuve enfermo y me visitasteis [...]

Señor, ¿cuándo te vimos enfermo [...] y fuimos a verte? [...]

Y el Rey les dirá:

—En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis (Mt 25, 34-41).

En la facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, dentro de un exquisito respeto a la libertad de cada alumno en temas religiosos, tratamos de transmitirles esto. Hace pocos días, un profesor les exponía en clase a los alumnos de sexto de medicina el siguiente reto:

—S. Josemaría, el fundador y promotor de esta Universidad, pasó muchas horas de su vida atendiendo enfermos. Y les

transmitía un amor tan grande, que cada enfermo se sentía un privilegiado.

—Tú, ¿sabes hacer esto?

De modo análogo a como lo expresa magistralmente el cuadro de Caravaggio de la vocación de Mateo, cuando el joven Mateo se señala el pecho con incredulidad, el paciente que recibe el diagnóstico de una enfermedad grave no deja de señalarse a si mismo y preguntarse desconcertado:

—¿Por qué a mi?

La respuesta profunda a ese desconcierto se encuentra en la fe. Hay un misterio, pero hay también una confianza en la voluntad paternal de Dios que siempre saca bienes de los aparentes males. Esto se puede explicar bien a los que ya están preparados; pero se debe proceder poco a poco para preparar a quien todo esto le resulta lejano:

—A una persona que está espiritualmente preparada, se le puede hablar de su estado con franqueza. Pero si éste no es el caso, debéis aprovechar cualquier oportunidad para ayudarles a acudir a la Confesión y a recibir la Comunión. Y llegará el momento en que la persona que está enferma, deseará que se le diga que se va al Cielo. Yo mismo conozco algunos ejemplos muy hermosos (Herranz G. “Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte. Palabras de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás a médicos y enfermos”, en AA.VV., En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, p. 161).

En los comienzos del Opus Dei, S. Josemaría trató a una enferma grave que sería una de las primeras mujeres que pediría la admisión en el Opus Dei, se llamaba María Ignacia García Escobar. Así escribía S. Josemaría de ella y de su enfermedad:

—Ama la voluntad de Dios esa hermana nuestra. Ve en la enfermedad larga, penosa y múltiple (no tiene nada sano) la bendición y las predilecciones de Jesús y, aunque afirma en su humildad que merece castigo, el terrible dolor que en todo su organismo siente, sobre todo por las adherencias del vientre, no es castigo, es una misericordia. (Vázquez de Prada A. El Fundador del Opus Dei, tomo I, 49)

En estas palabras está el consejo y la luz clara para convertir un aparente mal en una fuente de santidad, de amor y de grandísima energía sobrenatural.

Es más, cuando el joven Josemaría, con menos de 30 años, y sin ningún recurso humano, pobre, solo, sin apoyos, sabía que debía abrir un nuevo camino de santidad en el mundo y que debía extender el carisma del Opus Dei por todo el mundo, pronto advirtió que su gran recurso era sobrenatural. Su fuerza serían los dolores y sufrimientos de tantos enfermos ofrecidos para que la intención de ese joven sacerdote se hiciera realidad. Muchos no sabían en qué consistía esa intención, pero ofrecían a Dios, con gusto y sumisión a la voluntad de Dios, todas sus penas y aflicciones. Ese fue el gran recurso que hizo posible que el Opus Dei se realizase:

—Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días, a

pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; (...) Y en los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si se pueden llamar casas a aquellos tugurios...

—La fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los hospitales de Madrid: los más miserables; los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas.

—Eran gente desamparada y enferma; algunos, con una enfermedad que entonces era incurable, la tuberculosis. De modo que fui a buscar los medios para hacer la Obra de Dios, en todos esos sitios. (Monge MA. San Josemaría y los enfermos. Palabra, pág. 79-80).

Esto es lo que recoge el bajorrelieve inferior derecho de la capilla dedicada a S. Josemaría en la Catedral de la Almudena en Madrid, donde se ve a S. Josemaría atendiendo a un gitano moribundo.

En resumen, las líneas de fuerza del mensaje de S. Josemaría sobre la medicina y los enfermos son la necesidad de **humanizar** la medicina y de **sobrenaturalizar** la medicina. No son solo sus palabras, él abrió camino siempre con su ejemplo y su acción personal, que fueron más que abundantes.

Humanizar la medicina es el primer paso, porque solo siendo primero muy humanos se puede subir al plano sobrenatural. Esta humanización implica una gran altura profesional y científica y a la vez advertir que los organismos no son máquinas, sino personas. Las personas no solo necesitan “cari-

dad” oficial seca y distante, sino cariño tierno y afectuoso, el de sentirse cada uno tratado como le trataría su madre.

El plano siguiente es el de **sobrenaturalizar** la medicina. Este plano incluye el principio de que el dolor, cuando se puede se quita, si no, se ofrece. El plano sobrenatural también incluye la perspectiva de que el enfermo es imagen viva de Cristo y que el dolor y la enfermedad se integran en el sacrificio de la cruz de Cristo y se hacen así corredención. Por consiguiente, los enfermos son muy *poterosos*, ya que pueden alcanzar grandes gracias de Dios con sus dolores y sufrimientos ofrecidos en unión con el sacrificio de Cristo en su Pasión y muerte.

Ejercer la medicina con esta visión es lo más revolucionario que puede suceder para elevar la calidad de la asistencia sanitaria de un país. Esta visión es lo que dará un impulso incomparable a las exigencias de la salud pública.

LA CIENCIA Y LA INVESTIGACIÓN

En este segundo apartado resulta ineludible mencionar al Prof. Eduardo Ortiz de Landázuri, impulsor de la Clínica Universidad de Navarra, un gran científico, médico e investigador que le dio a la medicina española del siglo XX un carácter innovador en muchos aspectos. Hoy, el Prof. Eduardo Ortiz de Landázuri está en proceso de beatificación.

D. Eduardo se formó en el Hospital Clínico de Madrid, donde trabajó con el Dr. Carlos Jiménez Díaz, a quien consideró siempre su maestro y mentor. En 1946 obtuvo la Cátedra de Patología General de la Facultad de Medicina de Cádiz,

pero se trasladó pronto a la de Patología Clínica y Médica en la Universidad de Granada y allí fue profesor de mi padre. Mi padre siempre me habló con gran admiración de este hombre que transformó la medicina granadina en plena mitad del siglo XX. Introdujo en Granada todos los procedimientos modernos de diagnóstico etiológico, que entonces eran casi desconocidos. La medicina dejaba de ser solo un arte, para pasar a tener una rigurosa base científica.

En septiembre de 1958, D. Eduardo se incorporó a la naciente Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, que había empezado hacía solo 4 años, y gastó sus años de trabajo aquí hasta el día de su jubilación.

D. Eduardo sembró en Granada y en Navarra la semilla que había recibido de D. Carlos Jiménez Díaz, auténtico padre y mentor de una serie de catedráticos que le dieron una vuelta total, un cambio profundo, a la medicina española desde mitad del siglo XX.

Un día Jiménez Díaz mantuvo la siguiente conversación con Ortiz de Landázuri:

—*Si usted tuviera que elegir entre ser santo o ganar el premio Nobel, ¿qué elegiría?*

—*No hay ninguna contradicción; si quiero ser santo tengo que trabajar como para ganar el premio Nobel*, respondió D. Eduardo.

Conocí esta anécdota cuando celebramos los 50 años de la Clínica que, con tanto esfuerzo y dedicación diarias, puso en marcha D. Eduardo. El entonces Gran Canciller de la Uni-

versidad de Navarra, Mons. Javier Echeverría, nos la contó en una emotiva celebración que tuvo lugar en el polideportivo de la Universidad.

La moraleja es que la investigación médica requiere mucho trabajo, pero mucho es mucho. Si no, no hay “santificación del trabajo” que valga. Llegar a lo alto en la investigación en medicina requiere abundantísimas horas de estudio, recoger millones de datos durante décadas y ser capaz de sacarles buen partido, superando las innumerables barreras que existen para poder hacer unas publicaciones científicas en las mejores revistas médicas que luego sean seguidas y citadas por miles de investigadores. Esto se está logrando en Navarra gracias al espíritu que nos infundió y legó el Fundador de esta Universidad. Es una realidad hoy día y se podrían poner muchos ejemplos.

Ese serio esfuerzo por estar en la cima de la investigación y de la ciencia médica se hace palpable, por ejemplo, en que un año tras otro la Clínica Universidad de Navarra recibe galardones por ser el mejor hospital privado del país, donde toda la humanización y empeño por sobrenaturalizar el trato con el enfermo que antes he mencionado se unen a las mejores y más avanzadas técnicas de diagnóstico y tratamiento, puestas al servicio del paciente. A la vez, la facultad de medicina gradúa cada año a unos 200 nuevos médicos que suelen destacar por sus óptimos resultados en el competitivo examen MIR. En el conjunto de la facultad, la clínica y el CIMA (centro de investigación médica aplicada) no paran de desarrollarse y completarse ambiciosos proyectos de investigación con liderazgo

mundial, que cuajan en publicaciones que están cambiando la práctica médica mundial.

Destacaría los proyectos que hemos podido desarrollar desde el Departamento de Medicina Preventiva en colaboración con la Universidad de Harvard y el MIT (*Massachusetts Institute of Technology*) o estamos desarrollando con la Universidad de Emory (Atlanta). Son proyectos multicéntricos financiados por los Institutos Nacionales de Salud Norteamericanos (NIH). Hemos llegado a tener 3 ó 4 proyectos de esta envergadura a la vez en marcha en nuestro Departamento, algo insólito en una institución española...

Las líneas de fuerza del mensaje que nos legó San Josemaría son que para santificar el trabajo en una institución académica médica no basta con adoptar los avances que otros logran, sino que hay que liderar los cambios, es decir estar en el propio origen de la buena ciencia médica. Es preciso situarse en la vanguardia científica e innovar. Solo así se podrá desarrollar una investigación puntera al servicio del paciente.

El carisma específico que Dios otorgó a S. Josemaría es el de poner a Cristo en la cima de las actividades humanas. Esto no es compatible con mediocridad alguna. Requiere liderar líneas de investigación donde Navarra sea el mejor sitio del mundo en ese tema concreto: para eso no es posible diversificarse, sino que hay que concentrar el estudio y los esfuerzos en esos temas donde se puede ejercer ese liderazgo mundial, “*non multa, sed multum*”, no enredarse en muchos temas, sino profundizar todo lo posible en un aspecto concreto.

Sus consejos eran también “estudia, estudia con empeño”, “al que pueda ser sabio, no le perdonamos que no lo sea y “si es posible, hay que ser mejor que el mejor”. Esto, gracias a Dios, se está haciendo realidad en Pamplona, donde hace tiempo que se ha hecho cultura cotidiana que no se puede volar como un ave de corral cuando se puede subir como las águilas (Cfr. Camino, 7).

SERVICIO A LA SOCIEDAD

En el ideario de la Universidad de Navarra se afirma reiteradamente su clara finalidad de *servicio*. Todo lo mencionado más arriba tiene este fin concreto: servir al paciente, servir a las familias, servir a la sociedad. O se vive para servir o todo lo anteriormente mencionado no servirá para nada, se quedará en un inmenso vacío de pobre vanagloria.

El servicio que una Universidad que sigue los pasos de san Josemaría presta a la sociedad nunca será **complicidad, connivencia, complacencia o compadreo** con los males de una cultura que sea inhumana o paganizada. Ni tampoco podrá ser un camuflaje para que nadie pueda abrir *brechas de reputación*, ya que no es, ni mucho menos, señal de buena salud estar bien adaptado a una sociedad que está enferma.

Así como la medicina clínica cura al paciente individual, la medicina preventiva cura a la sociedad enferma. La medicina preventiva va siempre a la raíz del problema. El término “radical” se refiere a eso. Lo “radical” tiene hoy día mala prensa, pero solo aquello que confronte las raíces de nuestros males podrá erradicarlos.

Sin pesimismo, y sin dejar de apreciar en primer lugar tantos valores positivos de la sociedad en la que nos toca vivir, es también cierto que la cultura de esta sociedad padece enfermedades graves: consumismo, desmoronamiento de las familias, materialismo, hedonismo, adicciones, relativismo, permisivismo, por solo mencionar algunas.

Y esas enfermedades de la sociedad se traducen en graves humillaciones para la salud pública. Entre ellas se incluyen una pandemia de obesidad sin precedentes, unas tasas de suicidio continuamente crecientes, una imparable epidemia de diabetes tipo 2, de cánceres asociados a la obesidad y a estilos de vida insanos, unas enfermedades mentales galopantes, y unas gravísimas cargas de muerte y enfermedad por causas cardiovasculares, que, en teoría, serían perfectamente prevenibles, pero que siguen ocupando el primer lugar en la mortalidad en casi todos los países.

La única forma de parar estas causas de dolor y sufrimiento es actuar sobre sus determinantes últimos, que son sociales, familiares y culturales. La humanidad nunca ha superado sus plagas a base de llegar al final del proceso, con aproximaciones solo curativas o paliativas, sino solo con enfoques radicales y anticipativos de prevención, sabiendo llegar antes. Negar esto sería olvidar todos los precedentes.

En este contexto, la misión *profética* de una universidad con este ideario de servicio es la de usar la inteligencia para *desenmascarar las contradicciones intrínsecas de la deshumanización* que se ha instalado en amplios sectores de la cultura contemporánea. Así lo describía San Josemaría:

"Se escucha como un colosal *non serviam!* (Ierem. 11, 20) en la vida personal, en la vida familiar, en los ambientes de trabajo y en la vida pública. Las tres concupiscencias (*cf.* **1 Ioann. 11, 16) son como tres fuerzas gigantescas que han desencadenado un vértigo imponente de lujuria, de engreimiento orgulloso de la criatura en sus propias fuerzas, y de afán de riquezas. ***Toda una civilización se tambalea, impotente y sin resortes morales.***" (Carta Febrero 1974)**

Visto esto, la tarea de servicio no será nunca equiparable al inhibicionismo o, mucho menos, a conformarse con ser una mera voz coral complaciente más en la orquesta de buenismo que aplaude cándidamente esos aspectos más destructores de la cultura "políticamente correcta". No.

El verdadero servicio exige convertirse en "signo de contradicción", sal que escuece, luz que está en el candelero, y sigue iluminando a las gentes, sin temblor ni temor. Hay que empeñarse en curar esas enfermedades de la sociedad, aunque haya violentas fuerzas contrarias basadas en oscuridades irracionales que traten de apagar las luces o que persistan en su lamentable intento de convertir en una bestia al ser humano.

Más que nunca se necesita valentía, garbo y claridad, unidos al prestigio profesional que da una ciencia bien hecha. Se necesita trabajar como 30 o, mejor todavía, hacer trabajar a 30. Cada Universidad y cada buena Clínica con este espíritu que Dios dio a S. Josemaría tienen una capacidad, como ninguna otra institución, de movilizar inmensos recursos para este fin.

Este será el mejor servicio que se puede prestar a la sociedad desde una institución universitaria como la que soñó San Josemaría.